LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

Madrid 4 de Junio de 1906

¡Hombre al agua!

Al cerrar la noche, salió de Torrevieja el laúd «San Rafael» con cargamento de sal para Gibraltar.

La cala iba atestada, y sobre cubierta amontonábanse los sacos, formando una montaña en torno del palo mayor. Para pasar de proa á popa, los tripulantes marchaban por las bordas, sosteniéndose con peligroso equilibrio.

La noche era buena; noche de verano con estrellas á granel y un vientecillo fresco algo irregular, que tan pronto hinchaba la gran vela latina hasta hacer gemir el mástil, como cesaba en su soplo cayendo desmayada la inmensa lona con ruidoso aleteo.

La tripulación, cinco hombres y un muchacho, cenó después de la maniobra de salida, y una vez rebañado el humeante caldero, en el que hundían su mendrugo con marinera fraternidad desde el patrón al grumete, desaparecieron por la escotilla todos los libres de servicio, para reposar sobre la dura colchoneta, con los vientres hinchados de vino y zumo de sandía.

Quedaba en el timón el tío «Chispas», un tiburón desdentado que acogió con gruñidos de impaciencia las últimas indicaciones del patrón, y junto á él, su protegido Juanillo, un novato que hacía en el «San Rafael» su primer viaje, y estaba muy agradecido al viejo, pues gracias á él había entrado en la tripulación, matando así su hambre, que no era poca.

El mísero laúd antojábasele al muchacho un navío almirante, un buque encantado, navegando por el mar de la abundancia. La cena de aquella noche era la primera cena seria de su vida.

Había llegado á los diecinueve años, hambriento y casi desnudo como un salvaje, durmiendo en la torcida barraca donde gemía y rezaba su abuela, inmóvil por el reuma. De día ayudaba á botar las barcas, descargaba cestas de pescado ó iba de parásito en las lanchas que perseguían al atún y la sardina, para llevar á casa un puñado de pesca menuda. Pero ahora, gracias al tío «Chispas», que le tenía cierta ley por haber conocido á su padre, era todo un marinero, estaba en camino de ser algo, podía con todo derecho meter su brazo en el caldero, y hasta llevaba zapatos, los primeros de su vida, unas soberbias piezas capaces de navegar como una fragata, que le sumían en éxtasis de adoración. ¡Y aún dicen que si el mar!... Vamos, hombre. El mejor oficio del mundo.

El tío «Chispas», sin apartar la vista de la proa ni las manos del timón, agachándose para sondear la oscuridad por entre la vela y el montón de sacos, le escuchaba con sonrisa marrullera.

—Sí; no has escogido mal oficio. Pero tiene sus quiebras. Las verás... cuando llegues á mis años... Pero tu sitio no es aquí: anda á proa y avisa si ves por delante alguna barca.

Juanillo corrió por la borda con la segura tranquilidad de un pillo de playa.

—Cuidado, *muchacho, cuidado.*

Pero él ya estaba en la proa, y se sentó junto al botalón, escudriñando la negra superficie del mar, *en cuyo fondo se reflejaban como* serpeantes hilos de luz las inquietas estrellas.

El laúd, panzudo y pesado, caía tras cada ola con un solemne «chap!» que hacía saltar las gotas hasta la cara de Juanillo. Dos hojas de espuma fosforescente resbalaban por ambos lados de la gruesa proa, y la hinchada vela, con el vértice perdido en la oscuridad, parecía arañar la bóveda del cielo.

¿Qué rey ni qué almirante estaba mejor que el serviola del «San Rafael»?... ¡Brrrú! Su estómago repleto le saludaba con eructos de satisfacción. ¡Vida más hermosa!...

—¡Tío «Chispas»!... Un cigarro.

—Ven por él.

Juanillo corrió por la borda, del lado contrario al viento. Era un momento de calma y la vela rizábase con suaves palpitaciones, próxima á caer desmayada á lo largo del mástil. Pero vino una ráfaga, la barca se inclinó con rápido movimiento; Juanillo, para guardar el equilibrio, agarróse al borde de la vela y en el mismo instante ésta se hinchó como si fuera á estallar, lanzando al laúd en una carrera veloz y empujando con fuerza tan irresistible el cuerpo del muchacho, que lo disparó como una catapulta.

En el ruido de las aguas al tragarse á Juanillo, creyó oir éste un grito, palabras confusas, tal vez el viejo timonel que gritaba: «¡hombre al agua!»

Bajó mucho ¡mucho! atolondrado por el golpe, por lo inesperado de la caída; pero antes de darse cuenta exacta de ello, vióse otra vez en la superficie del mar, braceando, absorbiendo con furia el fresco viento... ¿Y la barca? No la vió ya. El mar estaba oscurísimo; más oscuro que visto desde la cubierta del laúd.

Creyó distinguir una mancha blanca, un fantasma que flotaba á lo lejos sobre las olas, y nadó hacia él. Pero de pronto ya no lo vió allí, sino en lugar opuesto, y cambió de dirección, desorientado, nadando con fuerza, pero sin saber dónde iba.

Los zapatos pesaban como si fuesen de plomo: ¡malditos! ¡la primera vez que los usaba! La gorra le martirizaba las sienes; los pantalones tiraban de él como si llegasen hasta el fondo del mar y fueran barriendo las algas.

—Calma, Juanillo, calma.

Y arrojó la gorra, lamentando no poder hacer lo mismo con los zapatos.

Tenía confianza. El nadaba mucho: se sentía con «aguante» para dos horas. Los de la barca virarían para pescarle: un remojón y nada más... ¿Pues qué, así como así, mueren los hombres? En un temporal, como habían muerto su padre y su abuelo, bueno; pero en noche tan hermosa y con buena mar, morir empujado por una vela, sería una muerte de tonto.

Y nadaba y nadaba, creyendo ver siempre aquel fantasma indeciso que cambiaba de sitio; esperando que de la oscuridad surgiera el «San Rafael» viniendo en su busca.

—Ah de la barca! ¡Tío «Chispas»!... ¡Patrón!

Pero el gritar le fatigaba, y dos ó tres veces las olas le taparon la boca. ¡Malditas!... Desde la barca parecían insignificantes, pero en medio del mar, hundido hasta el cuello y obligado á un continuo manoteo para sostenerse, le asfixiaban, le golpeaban con su sorda ondulación, abrían ante él profundas y movibles zanjas, cerrándolas en seguida como para tragarle.

Seguía creyendo, pero con cierta inquietud, en sus dos horas de aguante. Sí; contaba con ellas. Dos horas y más nadaba allá en su playa, sin cansancio. Pero era en las horas del sol, en aquel mar de cristal azul, viendo abajo, á través de fantástica trasparencia, las rocas amarillas con sus hierbajos puntiagudos como ramos de coral verde, las conchas de color rosa, las estrellas de nácar, las flores luminosas de pétalos carnosos estremeciéndose al ser rozados por el vientre de plata de los peces; y ahora estaba en un mar de tinta, perdido en la oscuridad, agobiado por sus ropas, teniendo bajo sus pies ¡quién sabe cuántos barcos destrozados, cuántos cadáveres descarnados por los peces feroces! Y estremecíase al contacto de su mojado pantalón, creyendo sentir el rozamiento de agudos dientes.

Cansado, desfallecido, se echó de espaldas, dejándose llevar por las olas. El sabor de la cena le subía á la boca. ¡Maldita comida y cuánto cuesta de ganar! Acabaría por morir allí tontamente... Pero el instinto de conservación le hizo incorporarse. Tal vez le buscaban, y estando tendido pasarían cerca de él sin verle. Otra vez á nadar, con el ansia de la desesperación; incorporándose en la cresta de las olas para ver más lejos; yendo tan pronto á un lado como á otro, agitándose siempre en un mismo círculo.

Le abandonaban como si fuese un trapo caído de la barca. ¡Dios mío! ¿así se olvida á un hombre?... Pero no; tal vez le buscaban en aquel momento. Un barco corre mucho; por pronto que hubiesen subido á cubierta y arriado la vela, ya estarían á más de una milla.

Y acariciando esta ilusión se hundía dulcemente, como si tirase de sus pesados zapatos. Sintió en la boca la amargura salitrosa; cegaron sus ojos, las aguas se cerraron sobre su rapada cabeza: pero entre dos olas se formó un pequeño remolino, asomaron unas manos crispadas y volvió á surgir.

Los brazos se «dormían»; la cabeza se inclinaba sobre el pecho como vencida por el sueño. A Juanillo le pareció cambiado el cielo: las estrellas eran rojas, como salpicaduras de sangre. Ya no le infundía miedo el mar; sentía el deseo de abandonarse sobre las aguas, de descansar.

Se acordaba de la abuela que á aquellas horas estaría pensando en él. Y quiso rezar como mil veces había oído á su pobre vieja. «Padre nuestro que estás...» Rezaba mentalmente, pero sin darse cuenta de ello, su lengua se movió y dijo con una voz tan ronca, que le pareció de otro:—¡Cochinos! ¡ladrones! ¡me abandonan!

Se hundía otra vez: Desapareció pugnando en vano por sostenerse. Alguien tiraba de sus zapatos... Bucéo en la oscuridad, sorbiendo agua, inerte, sin fuerzas: pero sin saber cómo, volvió otra vez á la superficie.

Ahora las estrellas eran negras, más negras que el olelo, destacándose como gotas de tinta.

Se acabó. Esta vez se iba al fondo de veras: su cuerpo era de plomo. Y bajó en línea recta, arrastrado por sus zapatos nuevos; y en su caída al abismo de los barcos rotos y los esqueletos devorados, el cerebro, cada vez más envuelto en densas neblinas, iba repitiendo:—Padre nuestro... Padre nuestro, ¡ladrones! ¡granujas! ¡me han abandonado!

Vicente BLASCO IBAÑEZ.

La tragedia en el hotel

En este hotel inmenso, lujoso, colocado á mil metros sobre el nivel del mar, según dicen los carteles anunciadores que se ven por todas partes, nos reunimos más de cien personas en el comedor á la hora del almuerzo y, sin embargo, no se oye una voz más alta que otra, ni una carcajada. No hay tampoco un momento de confusión. El mayor frío, la más helada compostura reina en el buffet.

Unos y otros, sentados en mesas pequeñas, comemos y rehuimos la mirada como si todo lo de alrededor nos produjera molestia y desprecio. Se ve que albergados y reunidos por la casualidad en este hotel nos estorbamos; una muralla de prejuicios y de convencionalismos nos separa. Las solteronas inglesas leen su novela romántica ó contemplan el techo, las familias alemanas hablan entre sí, algún ruso bebe champagne mientras mira con los ojos vagos é inexpresivos, y algún hombre moreno de país cálido parece apabullado ante este silencio lúgubre.

Por las ventanas se ve el lago Leman, encerrado aquí cerca en montañas, azul como una gran turquesa, surcado por velas blancas, triangulares. Se oye de cuando en cuando el ruido estridente de la sirena de un vapor y el murmullo del tren funicular.

En este albergue del fastidio entró hace dos días una familia de aire modesto. Era una familia formada por cinco personas, dos señoras, una de ellas fea, alta, flaca, con anteojos, la otra más gruesa y bajita, una muchacha alegre, sonriente, sonrosada, y una niña melancólica con el rostro de color de cera. Les acompañaba un hombre de aire distraído y cansado...

Todos van de luto. Son ingleses; tienen entre sí rasgos de afabilidad simpática. La señora bajita, madre de las dos muchachas, estuvo el primer día durante el almuerzo oprimiendo la mano del hombre y acariciándola. El sonreía con un aire dulce y fatigado. Sin duda no podía pasar mucho tiempo aquí, porque por la noche no apareció y las cuatro mujeres estuvieron solas en el comedor.

Están las dos señoras y la muchacha fresca y rozagante muy preocupadas con la niña pálida, tanto que no notan la expectación que causan entre la gente. Todas estas viejas mises, cargadas de joyas, miran á la familia de luto como preguntándose: ¿Cómo están aquí si no son de nuestra posición? ¿Cómo se atreven á mezclarse con nosotras no siendo de nuestra clase?

Y es cierto, no deben serlo, hay algo que indica que la familia no es rica. Además, y esto es ya bastante extraordinario, parece que no han venido aquí para desdeñar á los demás y para darse tono, sino para pasear y tomar el aire y contemplar las cimas inmaculadas del monte Blanco. Así se los ve á las dos muchachas que salen sin adorno ninguno al campo, llevando un libro y una naranja en la mano y que vuelven con ramos de flores...

Esta mañana, á la hora del almuerzo, solo una de las señoras se ha presentado en el comedor.

—Quizás hayan ido las otras á alguna partida de campo—he pensado yo.

Por la noche, en la comida, estaban la mujer alta de los anteojos y la mayor de las muchachas, sentadas á la mesa. No comían, y en sus rostros se retrataba la inquietud; la muchacha tenía las mejillas rojas y los ojos hinchados.

—¿Qué les pasará?—me he preguntado yo.

En esto ha venido la señora bajita, con dos frascos de medicina en la mano, y los ha dejado sobre el mantel. Por lo que oigo de la conversación, viene de Lausana de llamar á un médico. La niña melancólica, la de la cara de cera, debe estar mala.

Sin duda viene esta familia á Suiza por prescripción del médico, haciendo un sacrificio. Así se explica el aire modesto, la marcha rápida del hombre que las acompañaba.

Las tres mujeres se miran entristecidas. ¿Qué tendrá esa pobre muchacha? No recuerdo de ella más que su cabello, dividido en dos bandas, y el color pálido de la piel exangüe, y sin embargo, pensar en que está enferma me entristece.

Yo quisiera en este momento ofrecerme á estas mujeres; yo quisiera decirles: Yo soy un hombre humilde, sin dinero, pero si pudiera serles útiles en algo lo haría con el alma, lo que no haría por esa morralla llena de brillantes.

El señor alemán, que come en una mesa junto á la familia, ha comprendido lo que les pasa, y dejando de comer las mira á ellas, y luego me mira á mí con sus ojos azules. Al último se encoge de hombros, baja la cabeza y vacía de golpe un vaso de vino.

Las tres mujeres se levantan y suben á sus habitaciones. Se las oye ir y venir por el corredor, luego un criado sube la comida al cuarto.

Y mientras arriba la familia anda desolada de una parte á otra, abajo, en el «hall», las mises se siguen mirando con desprecio, luciendo en sus dedos alhajas que centellean, y que bastarían para la vida de cientos de personas, y mientras arriba lloran, abajo una yanquí rubia, con un gran sombrero azul, que flirtea con un joven de Chicago, ríe á carcajadas, enseñando una dentadura blanca, en donde brilla una chispa de oro.

¡Bien aventurados los ricos! ¡Bien aventurados los que ríen!

Pío BAROJA.

(Lausana).

LA CIENCIA ROMÁNTICA

Somos desatentos para nuestro prójimo porque nuestro prójimo hace zapatos y nosotros tejemos esteras. Como para los egipcios primeros el mundo terminaba con el valle del Nilo, solemos encerrar el mundo en nuestro gremio: no hay salir de él. Estereros somos y solo nos importan los hombres estereros, sin que cuidemos para nada de mirar á nuestro vecino el zapatero, cuyos zapatos han de pisar nuestras esteras. Un libro nuevo que aparece fué escrito para unos cuantos aficionados á la ciencia ó el arte de que se ocupa. Y si esa ciencia ó ese arte por su dificultad ó su novedad ó su alejamiento de las preocupaciones políticas momentáneas tiene pocos aficionados, el libro y la labor de hombre en él condensada desaparecen por los siglos de los siglos, y aquella fuerza de fecundación que á lo mejor poseía queda seca y estéril como la higuera del Evangelio. El literato no es otra cosa que el encargado en la república de despertar la atención de los desatentos, hostigar la modorra de la conciencia popular con palabras agudas é imágenes tomadas á ese mismo pueblo para que ninguna simiente quede sana. Pero el literato tiene también su gremio y dentro de él su universo, y por esto no había casi nunca de los hombres de ciencia, para quienes á su vez los literatos no existen sino vagamente. De esta suerte está salpicada y esparcida el alma española en sinnúmero de círculos discretos y es la vida española un montón de avemarías desglosadas que jamás se enhilan en rosario.

¡Cuánto más fructífero sería pensar que todas nuestras acciones tienen una dimensión común: lo nacional; que todos los libros, además de ser problemas científicos, son problemas nacionales! El individuo no ha existido nunca: es una abstracción. La humanidad no existe todavía: es un ideal. En tanto que vamos y venimos la única realidad es la nación, nuestra nación; lo que hoy constituye nuestros quehaceres diarios es la flor de lo que soñaron nuestros abuelos. Por esto acaso, afirmaba Shakspeare que somos de la misma urdimbre que nuestros sueños y de su misma sustancia. Los padres sueñan á los hijos y un siglo al que sobreviene.

Tenemos, pues, un terrible deber con el porvenir que da á nuestras acciones todas un valor religioso, porque si algo de suculento ha de cocerse en los pucheros de nuestros nietos, habemos de comenzar á guisarlo ahora. La noción de que el más leve de nuestros gestos se perpetuará, ya idéntico, ya como germen creciente, en las generaciones venideras, me parece que bastaría, más que muchos libros sociológicos, á enrendarnos el ánimo y hacernos el paso firme.

Si, como decimos, todas las acciones nuestras tienen una cara *nacional* que mira á Oriente, habrá también una manera *nacional* de mirar todas las cosas. Desde este punto de vista quisiera hablar algo que me ha ocurrido leyendo el *Diccionario del Quijote*, publicado pocos días antes por D. Julio Cejador. Como se trata de una obra de lingüística, y yo, por mis pecados, no soy lingüista, ha sido forzoso cuanto precede para justificar mi intromisión.

Creo que habrá multitud de lectores voraces que coincidan conmigo en tener por los libros de más sabrosa lectura los que narran simplemente viajes á tierras nuevas y los diccionarios etimológicos.

Unos y otros tienen esto de común, que nos presentan una visión volcánica de la humanidad. En los terrenos formados por los volcanes, aparecen anacrónicamente revueltos los estratos geológicos, y á veces pisamos una capa de tierra viejísima por donde trotaron en los buenos tiempos de la fauna animales tremendos, y donde los hombres dejaron huella ingenua de sus primeros razonamientos, de sus instintos aún encabritados y de sus cruentas filosofías. Así, un viajero que corre las cuatro partidas y arriba al cabo á las islas Salomón ó de los Arsácidas, tráenos una imagen de tal vieja capa ó estrato humano, donde con la rudeza de todas las iniciaciones vemos los comienzos de nuestros pensamientos, quereres y odios. Así, un etimologista, al seguir el idioma á redrotiempo y hacer la historia de cada palabra, nos ofrece, como en una galería de retratos genealógicos, la estirpe de estas mismas ideas, que ahora andan por los caminejos de nuestro cerebro y que, á despecho de algunos ideófobos, son la fórmula y el resorte de nuestras vidas.

El *Diccionario del Quijote*, compuesto por D. Julio Cejador, es una de estas novelas regresivas, y acaso sea el trabajo etimológico más importante que ha visto la luz en España.

D. Julio Cejador traslada el centro de gravedad en el romanismo del latín al vascuence; para él, antes que viniera pueblo alguno histórico á nuestra península hablaban los naturales, nuestros padres, vascuence y más vascuence. Ese fantasma de la etnología que se llama pueblo ibero, charlaba eúskera, y en España no se habló jamás latín, sino que desde un principio de la invasión romana comenzóse á guisar por mútua fusión ó confusión esta recia hosquedad de nuestro lenguaje.

¿Y sabe el lector lo que significan las conclusiones á que el Sr. Cejador llega luego de muchos años de estudio y después de haber gustado todas las fuentes de la sabiduría europea? Pues significa una grave indisciplina cometida dentro del batallón sagrado de la ciencia. En Alemania, en Francia persiste de hace tres ó cuatro siglos una muchedumbre de ciudadanos que se dedica exclusivamente á trabajar ciencia: en su historia no hay claros ni soluciones de continuidad: como los corredores nocturnos de la edad clásica, la edad de mármol, pasábanse á la carrera los unos á los otros el antorcha festival, sin que se apagara nunca, pásanse las generaciones de sabios unas á otras esta luz sagrada de la ciencia sin que jamás se consuma. Por tal razón, puede decirse que en esos países la ciencia existe fuera de los científicos y en tanto que ella perdura y se desenvuelve van mudándose los que la sustentaban y llegan siempre otros nuevos ya adiestrados y regimentados por los sabios caporales. Es la sabiduría república que lleva una vida legal y reglamentada, siendo útiles y aun forzosos la ley y el reglamento como en toda fábrica, donde sin una acertada división del trabajo nada llegaría á su completamiento, quedando todo en esbozo y en rudo proyecto. La ciencia disciplinada, he aquí el tipo de la ciencia alemana y de la francesa.

Hoy por hoy, ignórase la filiación del idioma eúskaro: para Giacomino tiene grandes semejanzas con el egipcio, para el conde de Gabelentz con el bereber. Para nuestros sabios de otros siglos fué uno de los setenta y dos en que se desperdigó el volapuk inicial humano cuando el vano intento de Babel. Para D. Julio Cejador es el eúskera ese primer idioma, el de Adán y Eva, o como quiera nombrarse á los primeros «hombres alalos», que dejaron de serlo y fueron parlantes.

Como hay tal discrepancia y tan poca claridad en el asunto, el «romanismo» reglamentado de Alemania y Francia ha dado la pragmática de que no se considere como serio trabajo científico el que trate de buscar en el castellano un fondo de iberismo ó de euskerismo; hartos problemas de momento tiene ante sí la lingüística—se dicen los sabios—para que nos andemos á buscarle tres piés al gato. Y como en tiempos felices publicaban los monarcas leyes suntuarias, decreta la ciencia del día el apartamiento de ciertos problemas como de

NAVARRO LEDESMA[1]

por

D. BENITO PÉREZ GALDÓS

I

Venimos á la conmemoración de Navarro Ledesma con el propósito de añadir á las honras académicas la ofrenda de nuestros corazones; queremos transmitir, así á las lejanías de ultratumba como á las esferas próximas y á toda la generación viva, los testimonios del cariño que profesábamos al grande ingenio, al hombre bueno y afable, cuya amistad fué una de las pocas flores que han embellecido y alegrado nuestra existencia. Aquí, donde la labor literaria es penosa, casi penal, y la pluma como un remo de galeras; donde los caminos son ásperos, difíciles, el fin de ellos nunca dispuesto para el reposo, la tarea inmensa, el provecho corto, insegura al aura del favor, apremiante y severo el exigir, voluble y frío el recompensar, no viviríamos si en esta carrera no nos alentase el afecto del amigo que á nuestro lado camina jadeante, y no compartiéramos con él, y él con nosotros, las breves alegrías y sinsabores largos que forman la trama vital en este oficio duro. Consagremos, pues, nuestros homenajes más fervientes al compañero y amigo, que pronto fué maestro; al modelador infatigable de formas literarias y forjador de armas para la crítica; al que en la lucha desplegó la más grande abnegación y constancia de que hay memoria, pues no cejó un solo instante ni conoció el descanso hasta que con súbita fatalidad se lo dió la muerte.

Mantengamos siempre viva la memoria de aquel atleta, ejemplo de increíble tenacidad en la labor del entendimiento. Trabajaba Navarro como si sobre él pesara una dura penitencia ó castigo impuestos por deidad inexorable. Era un español de la rama más linajuda y vigorosa, la rama ascética, que vive, alienta y muere dentro de la obligación que le imponen sus fines altruístas y espirituales, con doloroso sacrificio del sér propio. Y en su castizo españolismo se marcaba también claramente la progenie castellana, latina y humanista, que hace á los hombres estudiosos y alegres, ambiciosos de saber y gustosos de la hermosura clásica, así como del vivir ameno y dulce en el seno amoroso del bienestar y de la abundancia. Tal era el sér complejo de Navarro Ledesma: ascético para el trabajo, inflexible en los deberes, horaciano en el concepto de la vida modestamente cómoda y regalada sin exceso, en grata compañía de buenos y probados amigos. Su trato cariñoso, y su saber cada día mayor y más ameno, adquirido tanto en los libros como en el mundo, eran un bien demasiado hermoso ¡ay! para que durara.

Hombre de fecundísimo ingenio y cultura extensa, y además dotado de activa voluntad, había de tener pacto con el tiempo para que éste no le faltara en tantos y tan apremiantes quehaceres. Así, cuando acudió á merecer la cátedra del Instituto en ruda contienda, le vimos acopiar en meses toda la erudición crítica de las letras españolas desde los siglos remotos hasta nuestros días; y posteriormente, cuando ideó y emprendió su magno libro del *Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes*, nos asombró la presteza con que el historiador, poeta y erudito, pudo apropiarse los materiales para el insigne monumento y aderezarlos con tan soberano arte y tanta destreza y gracia. Y el que en esta empresa colosal ponía su espíritu, aún reservaba una parte de él para desparramarla con increíble fecundidad en el sin fin de trabajos sueltos destinados á engalanar la prensa pequeña y la grande: juicios graves de sucesos públicos, apuntes críticos, comentarios chanceros de picante humorismo, flores diversas, ricas de color y frescura, con algún ramo de aliaga ó de ortigas.

Si maravillosa sería esta continuada emisión de ideas en una naturaleza que uniese al vigor mental el vigor físico, mayor admiración nos causa en el hombre que pasó sus años floridos agobiado por crueles dolencias. Los que le vimos en trances morbosos muy graves, acechado por la muerte, pudimos apreciar el gallardo tesón con que el enfermo se desprendía de los brazos del dolor para lanzarse con brío á los afanes de la vida mental. Y verdaderamente inaudito fué que, afligido el cuerpo de Navarro de complejos achaques, se mantuviera siempre su entendimiento equilibrado y fresco, y que sus ideas no revelaran pesimismo ni melancólica negrura, sino más bien vitalidad, esperanza y alegría. El hombre doliente se ocultaba bajo la exuberante lozanía de un ingenio siempre sereno, gracioso y fecundo. Nunca se vió un espíritu tan sano en cuerpo tan enfermo.

Por esta fortaleza de su grande espíritu pudo Navarro, en pocos años, recorrer toda la escala que de las tentativas juveniles conduce al magisterio literario y á los altos sitiales de la gloria. Glorioso fué el último año de su desgraciada vida, en el cual le vimos rehacho de sus quebrantos de salud, y al parecer bueno, y con alientos y cuerda para muchos años. Creyérase que la Naturaleza, al sentenciarle á muerte, quiso también que en breve tiempo y espacio diera el hermoso árbol sus flores más bellas y su fruto más sabroso. En el año que había de finalizar aquella preciosa existencia, llegaron las cualidades mentales de nuestro amigo á su máximo desarrollo y esplendor, su saber á la mayor riqueza de conocimientos, adquiridos en libros rancios y libros nuevos, en los viajes y en la sagaz observación de la vida. Enfocados aquellos días desde los presentes, creemos ver en el ocaso glorioso de Navarro Ledesma el sutil humorismo y la dulce tolerancia de los hombres que han vivido mucho y allegado todo el caudal que dan las lecturas y la experiencia, y se aproximan con serena majestad al último día de su existencia mortal. Hallábase en la plenitud de su talento; dominaba el campo inmenso de la Humanidad, y había llegado á poseer el reposo filosófico de los grandes viejos que esparcen toda su luz mental al derivar hacia la tumba. Sus treinta y cinco años decoraron su cabeza con nobles canas, y pusieron tempranamente en su rostro la sonrisa patriarcal.

II

No obstante, si por estar tan juntos el prodigioso libro de Cervantes y la muerte de su autor, vemos en la figura de éste la integral fructificación de un ingenio, hemos de reconocer que no nos dejó Navarro toda la substancia de su sér como poeta y erudito. A la otra vida se llevó hermosos planes, producto de juvenil ambición no satisfecha sino en muy pequeña parte. La muerte nos ha privado de una resurrección de Lope, no menos bella que la de Cervantes, pues, á juicio de Navarro, el creador del Teatro español nos dió en su vida el más intenso y humano de los dramas. Hemos perdido además un Hernán Cortés, héroe de la talla de los Césares y Alejandros por la diversidad de sus geniales aptitudes, y un Fernán González, figura que, como la del Cid, vemos con medio cuerpo en la leyenda y medio en la historia. Era ésta la primera jornada de sus nuevas empresas, y Navarro no tardó en acometerla, planeando aquel viaje á Burgos y su tierra el verano anterior, en los días del eclipse. Amigos cariñosos que le acompañaron han descrito con singular encanto la excursión á Covarrubias. Son páginas luminosas y tristes como la pintura de un ocaso brillante. Ansiaba Navarro examinar y conocer la tierra madre castellana, pues su viaje á Reinosa en el verano de 1904 apenas le dió una visión rápida de aquel país. El hijo de Toledo, hecho á la contemplación de la nueva Castilla y á sus monumentos y paisajes, deseaba completar su estudio de la vida española con la visita detenida de la Castilla atávica y austera. Es la Castilla del Tajo un poco más risueña que la del Duero, y en sus ciudades nos recrean la vista los graciosos monumentos mudejares y la opulencia plástica de los plateresco. Todo esto lo tenía Navarro bien grabado en su alma; mas ésta quería embelesarse en la contemplación de los admirables vestigios del arte románico. En la Literatura quería del mismo modo remontarse á los orígenes de las formas y de los hechos, pasar del drama á la epopeya, de las influencias italianas al principio genésico del alma española, el Romancero y la tierra dura que lo crió.

Hablaba de esto el insigne toledano con entusiasmo candoroso, y su viva imaginación le anticipaba el deleite de recorrer los parajes por donde anduvieron Diego Porcellos, Fernán González y el Cid, y rastrear el ambiente en que moró la musa embrionaria del maestro Gonzalo de Berceo. Con tales estudios se preparaba para dar en el Ateneo un curso de *Literatura de la Edad Media*. Era una ilusión ardiente, como todas las suyas, y de ella dejó una impresión personal en la última de las cartas que formaron su larga correspondencia con el que esto escribe; cartas llenas de luz, de sinceridad, de gracejo, en las cuales se marcan y suceden todos los incidentes de su vida literaria, mezclándose con apreciaciones justísimas y con familiares desahogos.

En la última carta, escrita un mes antes de morir, se muestra fascinado por el horizonte de triunfos que ante sí veía. En ella estampó esta frase de engañoso júbilo: «Tengo muchos y grandes proyectos...» ¡Irónico epitafio, dictado por la ignorancia en que vivimos tocante al término de nuestra existencia! He aquí sus proyectos: «El *Lope* lo prepararé este invierno si los menesteres de la prensa me dejan respirar un poco. Luego quisiera hacer un libro más pequeño del *Arcipreste*, y otro de *Don Alvaro de Luna*. Además, proyecto una *Historia de la Literatura Femenina Española*, para sacar de su error á las gentes creídas de que en España las mujeres no han hecho nunca más que rezar y multiplicarse.» Antes y después de estos planes frustrados por la Muerte, escribía conceptos donosos y originales acerca de su método escolar en las proyectadas conferencias. Hablando del itinerario que pensaba recorrer, tierras de Burgos y Zamora, después Sahagún, León, Carrión de los Condes, decía: «Yo quisiera que en todas las conferencias hubiese que emplear el aparato de proyecciones; meter las ideas á las gentes por los ojos, pues éstos son el único sentido despierto en España, gracias á las corridas de toros, donde la buena vista es lo principal (y también á los autos de fe). El oído ya está mucho más descuidado, como sentido posterior, progresivo y más intelectual. No podemos esperar gran cosa de la atención auditiva, por lo cual es preciso manejarse excitando la atención visual.»

Termina con este tristísimo lamento que se desborda de su pecho oprimido, en el cual la labor cuotidiana no dejaba un solo aliento para el descanso: «Si tuviera salud y no me obligara la precisión de escribir cuatro ó cinco artículos diarios, me parece que podría realizar estos proyectos y algunos más; pero el *arate cavate* de todos los días me derrenga.» Desgraciadamente, abundan en nuestra tierra los *derrengados* en las diferentes artes, oficios y profesiones, los que nacen con el alma forjada para el sacrificio y los formidables deberes.

El pobre Paco era de éstos: su vida, lastimada por dolencias hondas, fué una lucha que á prueba ponía continuamente sus facultades portentosas. Lo que más en él nos maravillaba era que el incesante ejercicio del entendimiento no amenguara el vigor de sus concepciones ni disminuyera la pureza y elegancia de su estilo. Ni un momento vimos que desmayara el poder de imaginación y de inteligencia, sostenido por una voluntad inflexible. Luchador de tal temple sólo por la muerte podía ser derribado.

III

No más de quince años figuró el nombre de Navarro Ledesma en los anales vivos de nuestra literatura. No recuerdo haber leído nada suyo antes del 90. El primer recuerdo que de su persona conservo se remonta á los meses que hube de pasar en Toledo, preparando la última parte de *Angel Guerra*. Las primeras cartas que de él recibí, ya de regreso en Madrid, me traían noticias y apuntes descriptivos de los Cigarrales; cartas deliciosas, llenas de amenidad y frescura, que podrá gustar el público si logramos compilar é imprimir un Epistolario completo de escritor tan interesante. Desde tales fechas hasta el 905, en que feneció aquella vida tan útil y gloriosa, vimos y admiramos el crecimiento continuo y la lozanía pródiga de su fecundo ingenio. Con igual aptitud y facilidad trataba la literatura y la política. En la crítica no tardó en ser maestro, y la sátira punzante tuvo en él aquí un verdadero creador. Pocos le han igualado en el vigor epigramático; pocos dispararon como él la flecha rapidísima, mojada en la punta con una gota de malicia, sin saña.

Trabajando de continuo en diversas tareas, emprendió el inmenso acopio de erudición para lidiar bravamente por la cátedra de literatura en San Isidro. Ganada ésta, las ocupaciones profesionales no le apartaron del vertiginoso pensar y escribir para la prensa, sobre asuntos diversos, como si ello fuera un tributo ineludible ó penitencia impuesta por el númen que rige las almas españolas. La salud del escritor infatigable se alteró gravemente: dentro de un cuerpo atormentado por insufribles perturbaciones, ardían un entendimiento y una fantasía consumiéndose en su propio fuego. Los trastornos fisiológicos no le rendían: seguía trabajando, y en una pausa ó respiro, otorgados por las dolencias, concibió y ejecutó su obra sintética, *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes*, cifra y resumen de todos los trabajos del escritor en su no larga existencia, pues en dicho libro se contienen la erudición benedictina, la fortaleza del entendimiento, el vuelo de la fantasía, el lenguaje caudaloso, de infinita variedad y riqueza, y el dón de amenidad, fruto del saber y del trato social. Es el libro integral, la flor espléndida de una vida laboriosa y angustiada. A la planta productora no le quedaron fuerzas para sobrevivir á la gestación de su obra inmortal.

Navarro Ledesma pudo pronunciar con el pensamiento ó con la palabra, en la hora de su muerte, el *non omnis moriar*. Bien sabía que su obra no ha de perecer... Ahora, esperemos que las generaciones venideras tengan gratitud y memoria, y cuiden de no abandonar esta joya en el inmenso osario donde solemos malguardar las glorias patrias.

(1) D. Benito Pérez Galdós, el gran novelista español, envía á LOS LUNES DE EL IMPARCIAL las primicias de este trabajo, que formará parte de un libro que en breve ha de unirse á la larga serie de sus obras. El artículo dedicado á Navarro Ledesma no fué leído en la velada que á su memoria dedicó el Ateneo por apremios del tiempo que dilataron su terminación.

© Biblioteca Nacional de España